

Giovanni Quessep: duración y leyenda

Ramón Cote Baraibar

EL POETA GIOVANNI QUESSEP NACIÓ EN COLOMBIA EN 1939. LA EDITORIAL GALAXIA GUTENBERG PUBLICÓ BAJO EL TÍTULO DE *METAMORFOSIS DEL JARDÍN* (2007) SU POESÍA REUNIDA.

Para las jóvenes generaciones, las que empezamos a publicar en la década de los años 80, Giovanni Quessep era una de las figuras tutelares de la poesía colombiana. Se decía de éste que era una persona introvertida, misteriosa, un tanto inasible y que sus clases sobre Dante y sus cursos sobre Rubén Darío y Antonio Machado en la Universidad Javeriana eran todo un prodigio de erudición y sensibilidad. En esos años, los únicos ejemplares que circulaban –es un decir– eran *Poesía*, editado por Carlos Valencia Editores, y el *Libro del encantado*, publicado por Colcultura en 1977. Da la casualidad que ambos libros eran azules e inencontrables, de allí que la fotocopia fuera el vehículo más utilizado para la propagación de sus poemas. Si sus clases eran legendarias, como se ha dicho, también lo eran sus poemas, así como su caligrafía, la cual habíamos visto reproducida en los suplementos literarios de la época, una época, precisamente, donde la poesía coloquial y la poesía de tinte político campeaban a sus anchas y tenían el favor del público mayoritario, aspecto que cuando se traslada al ámbito de la poesía siempre es el de la inmensa minoría, según la afortunada expresión acuñada por Juan Ramón Jiménez, frase, por otra parte, insignia de la emisora HJCK, donde los domingos por las noches se emitía un programa en el que pasaban grabaciones de las voces de poetas como Borges, Neruda, Octavio Paz, Álvaro Mutis o Giovanni Quessep.

Si en la poesía de aquella época las calles, los bares, los buses, los cines, el trajinar político, eran el escenario natural de los poe-

mas de sus contemporáneos, su principal referente, en los de Giovanni el asunto era bien distinto. Si sabíamos de laberintos y jardines, de tigres y ruiseñores, era por Borges o por *Las mil y una noches*, pero verlos en la literatura colombiana era como descubrir todo un territorio inexplorado, explorado en solitario por ese hombre alto, delgado y ausente, con una tenacidad y una convicción que no dejaban la menor duda de que ese poeta se estaba jugando la vida en cada poema. Su poesía era vista como una mariposa que revoloteaba en medio de una jaula de tigres. Pero a pesar de todo, ésta siempre salió indemne a los zarpazos.

A su propia intemporalidad, habría que añadirle un hecho que siempre nos llamó la atención y era que su poesía se fundamentara en muy contados elementos. Sucede que quien escribe tantas veces sobre lo mismo no quiere decir que su materia esté agotada sino que, por el contrario, ha encontrado un eje en el cual giran alrededor todos sus planetas. «Uno se interna en lo desconocido por el camino hallado», mencionó hace poco en una entrevista a Robinson Quintero, en su ya imprescindible *Entrevista a tres poemas colombianos*.

Giovanni, con una constancia admirable, nos fue enseñando a sus lectores que uno de los deberes de un poeta es encontrar no sólo su propia voz sino también su propio mundo, y que cada poema no debe ser otra cosa que una verdad personal, una prolongación natural de su sensibilidad y su pensamiento, y no se debe confundir con un alarde de destreza ni con un malabarismo estético. Y así lo hizo el propio poeta, alimentando su poesía con un caudal familiar de historias de su lejano Líbano, con los recuerdos de su infancia en San Onofre, a los que le dio un giro por su particular manera de mirar las cosas, de decir amor y olvido, de decir con total naturalidad «Torre de Claudia aléjame la ausencia». Precisamente esa intemporalidad de sus versos, que bien hubiera podido pasar ante una lectura miope como una impostura, es el reino elegido para que el poeta recobre un elemento al que estábamos poco acostumbrados: los símbolos. No son las épocas las que marcan el destino y el estilo de un hombre, parecía –y parece– decirnos libro a libro Giovanni Quessep, más bien son las convicciones profundas, las lecturas, las obsesiones, la elaboración y maduración del tiempo en la memoria.

Decía María Zambrano que la escritura es «una acción que sólo brota desde un aislamiento efectivo, pero desde un aislamiento comunicable en que, precisamente, por la lejanía de toda cosa concreta se hace posible un descubrimiento de relaciones entre ellas». Esta observación se puede aplicar perfectamente a la poesía de Giovanni, ya que para él no hay nada más real que la elaboración de sus recuerdos, revelados a la luz de la fabulación. De manera que allí y sólo allí, en esa «elevación» a la que somete sus vivencias, en ese otro plano donde todo alcanza su condición simbólica, es el lugar en el que se sitúan sus poemas, y donde el poeta puede ver las cosas, tocarlas, relacionarlas, poner en movimiento su universo. Y cantarlas:

*No vuelvas a tu reino
que el jardín ya es cristal, ciprés el cielo,
y guarda las cenizas
de la palabra o del encantamiento.
(No vuelvas a tu reino)*

Leyéndolo nuevamente, su poesía siempre nos seguirá deparando grandes sorpresas: sus poemas aspiran, y de hecho lo son, unidades melódicas absolutas, tan llenos de variaciones, matices y tonalidades que dan, en definitiva, nuevas revelaciones a los temas que trata. En ellos se advierte una soledad, una carencia inicial, intentando nombrar lo que es suyo y lo que ha perdido irremediablemente, aquello que tiene que ser permanencia entre la fugacidad de las cosas. Quizás por eso siempre veremos a su poesía teñida por una nostalgia irremediable «La nostalgia es vivir sin recordar / de qué palabra fuimos inventados» pero también avivada por la ambición de alcanzar lo eterno, de allí que todo lo que su poesía toca lo vuelve símbolo; al nombrarlas, las cosas se apartan de su apariencia para empezar a ser su esencia. Por eso su poesía nos entregará hasta el último de sus versos ese «ángel que, escondido / espera detrás de la blanca corteza» (Salmo y Epigrama).

Adenda

Lo conocí hace más de veinte años en Bogotá, cuando lo descubrí caminando por una acera de la carrera quince. Con el furor

y el rubor propio de la adolescencia, me le acerqué y le dije que admiraba su poesía. Ya estas cosas parecen estar en vía de extinción, pero entonces la admiración era una norma de cortesía. Y considero que no hay nada más hermoso, justo y necesario que expresarla. No hacerlo es una gran equivocación, pues, como alguna vez dijo el gran Julio Ramón Ribeyro, «escatimar un elogio es la mayor prueba de la mezquindad». Alto y delgado, misterioso y sigiloso, se movía con la oscilación de los barcos en los muelles. Después de oír sus primeras palabras con ese fluvial acento costeño y verlo sonreír como sólo él lo sabe hacer –en diagonal, como saboreando las palabras que ha de decir–, le comenté con cierto atrevimiento que algunos de sus poemas guardaban una relación con los de *Astrolabio*, libro escrito por Antonio Colinas, poeta español del que tenía algunas referencias.

También hablamos del Neruda de *Residencia en la tierra* y todavía lo veo recitándose como si fuera lo más natural del mundo en medio del ruido del tráfico y de los vendedores ambulantes, el principio de *Barcarola*, el poema que, según me confesó, más le gustaba de ese libro:

*Si solamente me tocaras el corazón,
si solamente pusieras tu boca en mi corazón,
tu fina boca, tus dientes,
si pusieras tu lengua como una flecha roja
allí donde mi corazón polvoriento golpea,
si soplaras en mi corazón, cerca del mar, llorando.*

Hace poco, revisando el número que en 1946 la revista *Cántico* le dedicara a Aurelio Arturo, encontré por casualidad una foto que cayó a mis pies y, al recogerla, me di cuenta de que era distinta a las demás, no sólo por su grosor sino por lo irregular de sus bordes. Era muy pequeña: no mediría más de 8x6 centímetros. Intrigado, le di la vuelta y ahí mismo supe que me había encontrado no con una foto cualquiera sino con un verdadero documento de nuestra historia literaria. Esta había sido tomada, según pude leer en el anverso, en 1973 en el parque Santander de Bogotá. Con toda seguridad el fotógrafo, oculto por el trapo negro de su cámara, no sabía quiénes eran los extraños que estaban delante

de su lente y los ubicó con el propósito de que las personas más altas estuvieran en los extremos, según su canon de composición. Convencido del poder de crear la posteridad ajena, el anónimo fotógrafo del parque nos dejó un 26 de junio en medio de las hojas, un legado inolvidable: Giovanni Quessep, con 34 años, aparece con una chaqueta de pana, levemente arqueado como recibiendo la brisa de su tierra. Lo sigue María Mercedes Arias, la mujer que seguramente escribió los nombres con tinta negra en esa ya lejana tarde. A su lado está Aurelio Arturo, con todo su atuendo: abrigo abotonado hasta las rodillas, sombrero, paraguas y su infaltable corbatín. Entonces tenía 67 años y ya se le ve en sus gafas nubladas y en toda su figura la silueta inconfundible de la muerte, la cual sucedería dieciséis meses más tarde. Cierra el grupo Jaime García Maffla, con 29 años, avanzando un tanto teatralmente una pierna y apoyando con despreocupación en las losas del parque la punta metálica de su paraguas.

Es una foto memorable porque en ella aparecen distintas generaciones reunidas por la admiración y el aprecio hacia el autor de *Morada al sur*. De la misma manera quisiera que fueran estas palabras, devotas y cordiales, dictadas por la eterna gratitud y escritas por alguien que ha crecido bajo el saludable ramaje de su poesía, para que algún día caigan por casualidad a los pies de un desconocido lector. Y las recoja y lea los veintinueve poemas seleccionados por el propio autor y por Jaime Jaramillo Escobar para la editorial Tragaluz de Medellín. Así comenzará de nuevo su leyenda. Y su duración ©

